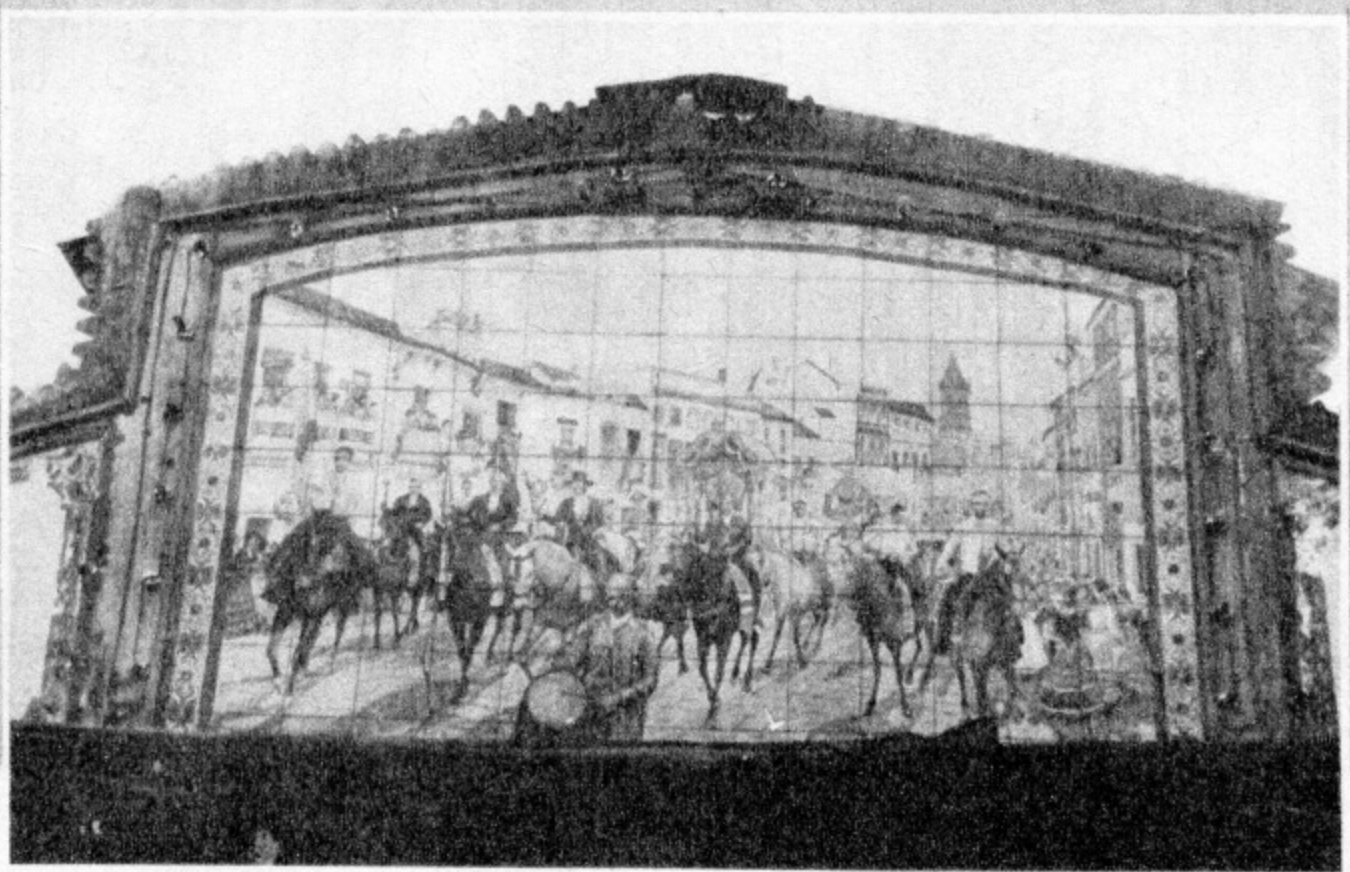


UN ANTIGUO AZULEJO ROCIERO PARA ESTORIL



Por Joaquín GONZALEZ MORENO

Abril 1968

¿QUIEN no recuerda el antiguo puesto de Fernando? Los aficionados al fútbol conocieron a su propietario detrás del mostrador, en el primitivo campo del Sevilla C. F. Hizo algunas pesetillas y se instaló en la rotonda final de la avenida de Manuel Siurot, donde daba vuelta el tranvía.

Pero hoy no vamos a hablar de Fernando, sino de su Venta. Algunos la llamaban del Guadaira por la proximidad al río. Era lugar muy concurrido, sobre todo los días de fiesta, en los últimos años del primer tercio de la presente centuria. El lugar lo podríamos definir estratégico; ¿quién al pasear por la Palmera no se refrescaba en el puesto de Fernando?

Bajo la vigilante mirada de las «tatas», muchos cuarentones de hoy jugábamos

por aquellos «andurriales». Mientras, los padres discutían con sus amigos de las noticias políticas recién llegadas de Madrid, de la última faena de Belmonte o del triunfo del Betis Balompié. Sólo alteraba aquella paz paradisíaca el rayado disco «La Voz de su Amo» que entonaba el cuplé de moda a través de su clásica bocina.

Tenía esta venta un tono familiar, casi de casino. Todos nos conocíamos y hablábamos. Hasta el hombre de las patatas. Un joven alto y delgado que se parecía a Gary Cooper, y que hace un par de años vivía todavía, viejo y decrepito, acogido a la Santa Caridad. Pregonaba con garbo y salero: «Patatívirí para el chiquetívirí...»

De vez en cuando se oía un motor. ¡Qué tiempos aquellos que todavía llamaban la atención los negros automóviles! Entonces

las señoras comentaban el «atrevido» vestido de la dama que salía del taxi y los caballeros se descubrían ante el amigo.

Alrededor de la venta había restos de la Exposición Ibero-Americana. Mallas de alambres, transparentes, alguna que otra palmera. Y los niños gozábamos con aquel descuido. Las ramas secas simulaban las viejas carabinas que nuestros padres habían usado en la guerra de Africa y que en fotos amarillas teníamos por casa.

En un principio la venta fue muy rudimentaria. Pero, dado el incremento de la clientela, se construyó una nueva, de hierro y mampostería las partes bajas y de madera, cristal y uralita las superiores. En su fachada principal aparecía un curioso azulejo, doble de ancho que de alto, y que representaba la salida de las carretas del Rocío, de Triana, por la calle Castilla.

Encabeza la procesión el tradicional tamborilero, y le siguen, a caballo, con traje corto campero, SS. AA. RR. los Infantes Don Carlos y Doña Luisa (que gloria gocen). Detrás, en la primera carreta, después del Simpecado, las infantitas, y entre ellas, S. A. R. la Condesa de Barcelona. El retablo está firmado por J. Martínez del Cid, y hecho en Triana, en la fábrica de Mensaque, por aquellos años.

La escena tiene empaque y colorido. Guardias civiles, hermanos a caballo con insignias rociaras. Colchas, banderas y mantones de Manila en los balcones de las casas de vecinos. Muchas mujeres vestidas de faralaes contemplando el desfile, y al fondo, la iglesia y torre de la O. Sin duda, el artista hizo apuntes del natural, pues aún se conservan muchas de aquellas casas y miradores.

En la última visita de S. A. R. la Condesa de Barcelona, tan fervorosa del Rocío, pasó por este lugar, y enterada que en el mes de marzo se iba a proceder a derribar tan típica venta, para dar paso a la nueva avenida de entrada a la ciudad, mostró deseos de adquirir el azulejo, pues, como ella dijo: «Aquí estamos todos nosotros». La amabilidad de un sevillano que oculta su nombre ha hecho posible que actualmente la pieza se halle empaquetada para enviarla a Estoril.

J. G. M.

(Fotos del autor.)



El puesto de Fernando el día que comenzó su derribo, 9 de marzo de 1968, del que se ha rescatado el azulejo cortijero que presidía su fachada.